

de el comienzo de la estadía en México, en los cuales fuimos en momentos, ángel y demonio.

Conocer a nuestros compañeros mexicanos resultó complejo, más bien difícil, pero después de un mes de ardua lucha descubrimos la amistad sincera con regalos mutuos de dos mundos.

Viajamos en un bus de la UAM: 17 estudiantes chilenos y 15 estudiantes mexicanos con académicos de ambos países, en una aventura por la península de Yucatán, que ninguno de nosotros tenía como posible ruta. Desde México (capital) a Puebla, se nos presentan los cerros que conforman la cuenca del Valle de México.

Puebla nos regala sus atrios, otro enfrentamiento (dualidad): la Iglesia interior y el Atrio exterior, la necesidad de realizar cultos en lo de afuera para los hijos de esta tierra. Nos llama la atención la gran densidad de iglesias. Parada corta, lluvia repentina... un primer regalo de las nubes.

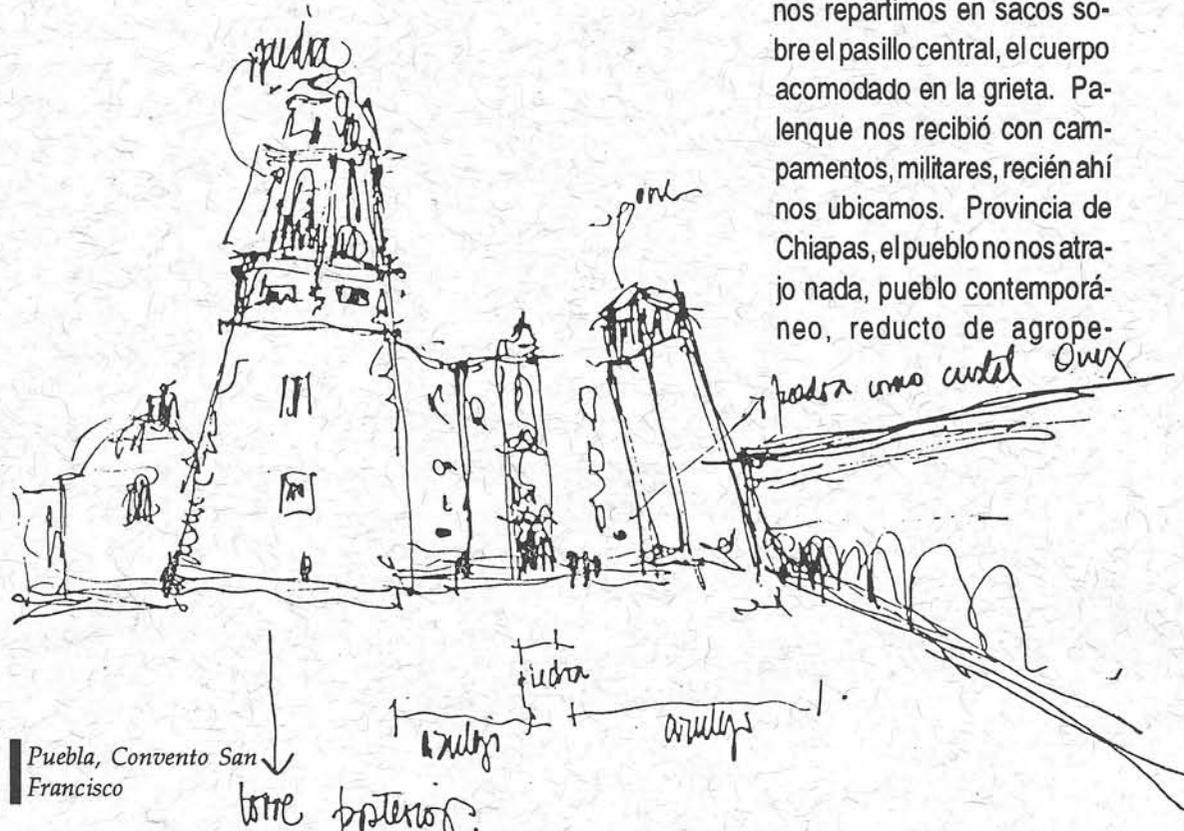
En viaje, conversaciones,

intercambio de idiosincracias, de noche despertamos en la colonia, es Tlacotalpán. El aire pesa, humedad al extremo, nueva experiencia, buscamos refugio en la noche

cubrir el río. Sus relaciones: cóctel de camarón, papayas, mangos, cocodrilos guacamayas y urracas, tacos, algunos en una búsqueda obsesiva por pan, algo extraño en un

sobre el bus con mochilas, despedidas cortas para los que generaron lazos con los del lugar. Próxima parada, Palenque.

Ya domesticamos el bus, nos repartimos en sacos sobre el pasillo central, el cuerpo acomodado en la grieta. Palenque nos recibió con campamentos, militares, recién ahí nos ubicamos. Provincia de Chiapas, el pueblo no nos atrajo nada, pueblo contemporáneo, reducto de agrope-

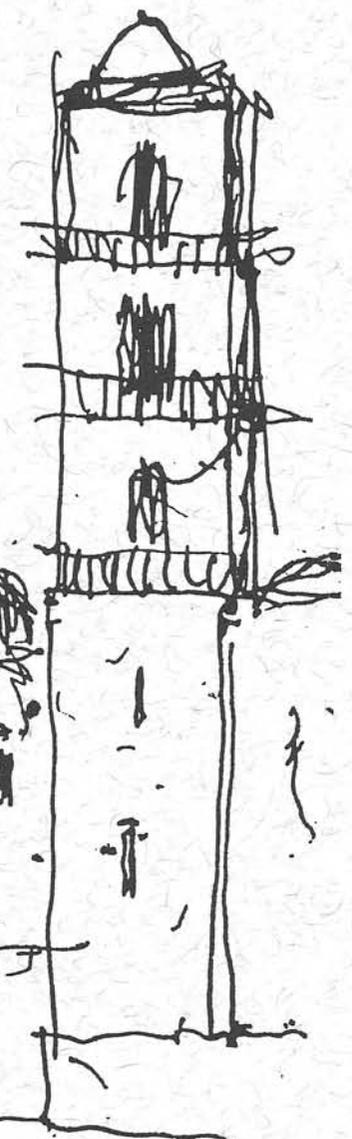


Puebla, Convento San Francisco

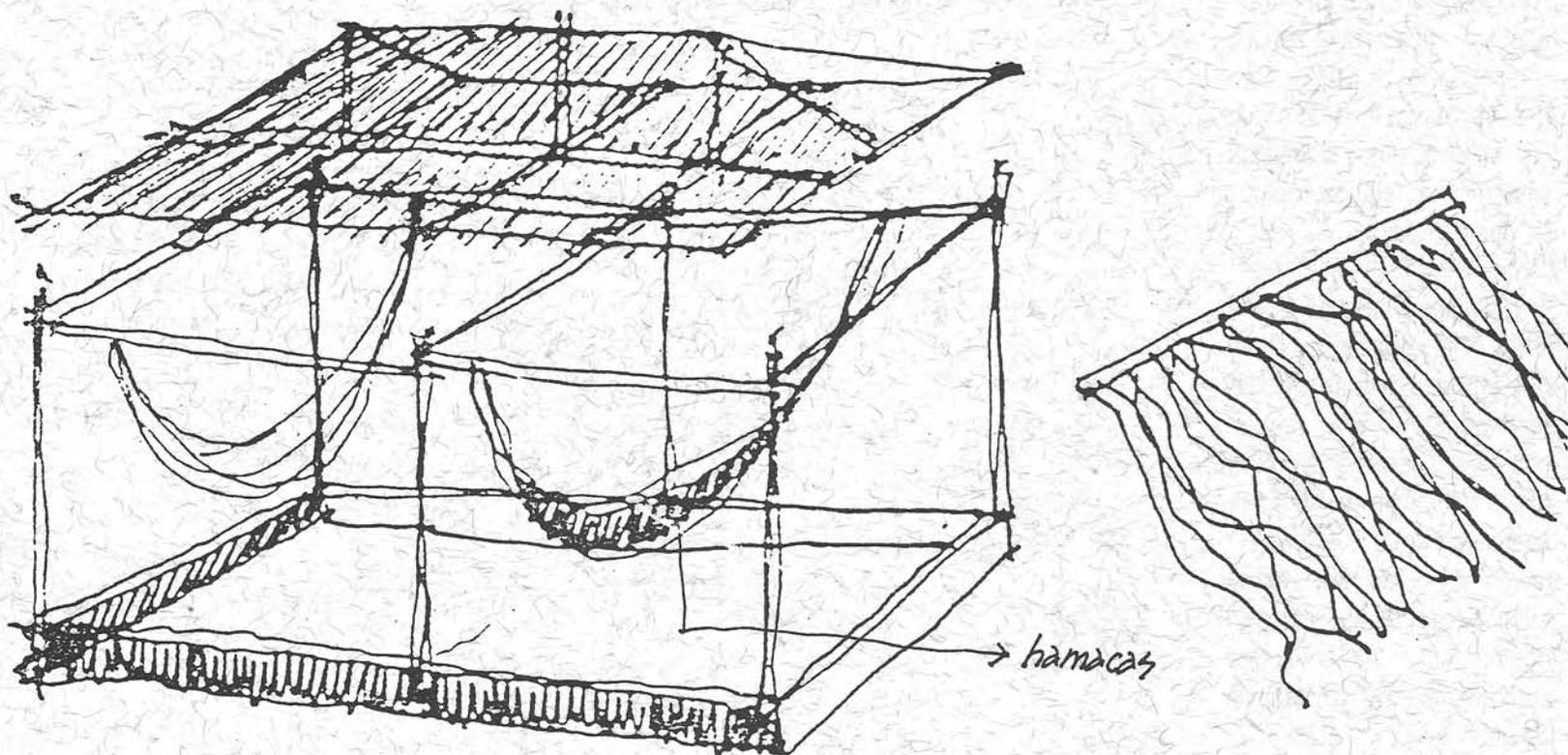
entre los arcos de la ciudad. De noche los insectos son reyes, amanecemos con ventiladores encendidos y sábanas a medio cubrir, el calor tropical nos sofoca. Diálogos, reconocimientos. El pueblo se vuelca al borde del río Papaloapan (río de las mariposas). Intentamos des-

mundo de Tortillas. Dos días de Tlacotalpan, reconocimientos en bote, baños de piscina, fiesta de integración, regalo de la disothèque del pueblo "Tequila-Video-Bar", integración energética, hermanos latinoamericanos que se desvelaron hasta la partida.

A las 4:00 a.m. todos



Puebla

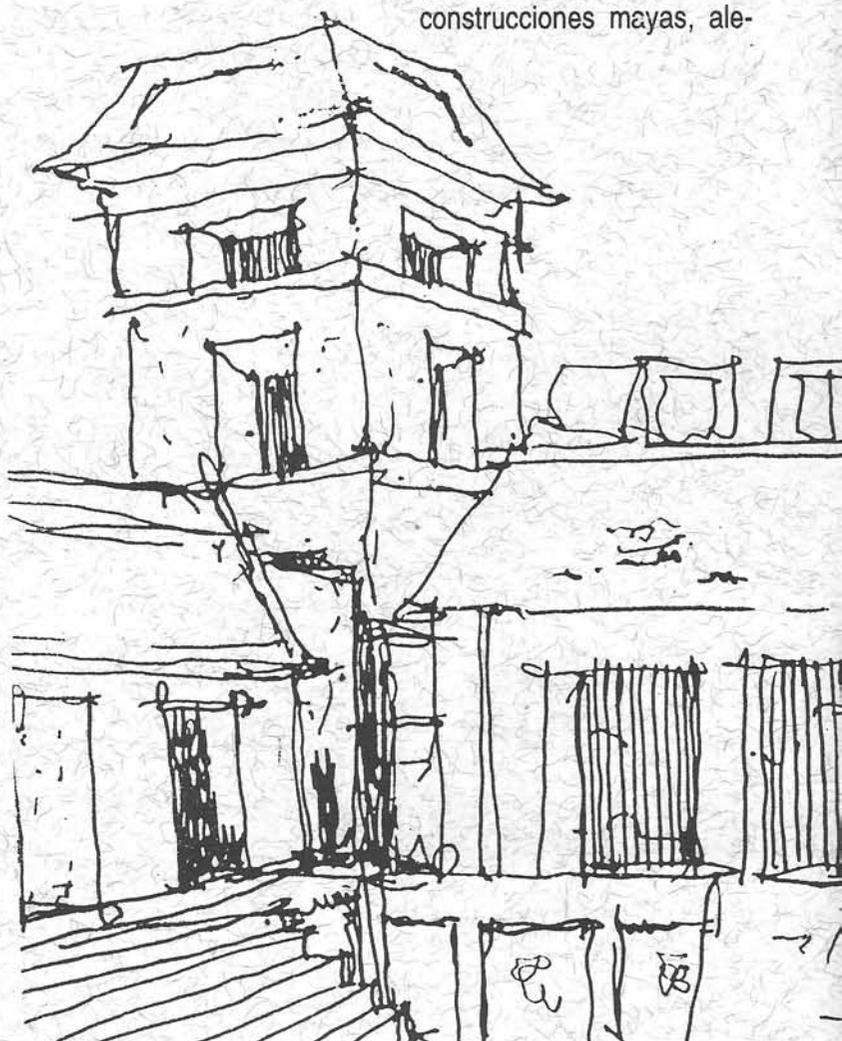


Palapas

cuaristas en búsqueda de diversión. Nos remitimos a la recomendación de René, un lugar llamado Mayabel. Un grupo fue a averiguar y aquí descubrimos nuestro primer paraíso, selva y bambúes. Un vacío recortado en la selva que envuelve las ruinas mayas de Palenque, lugar aterrado con «palapas» de madera y totora, abiertas al mundo, sólo cielo, nos instalamos con nuestras recién adquiridas hamacas tejidas, cuerpos colgados reposando, el vacío integrado. Algunas carpas, una torrencial e instantánea lluvia tropical, la primera de muchos de estos seres del desierto, regalo de Chac Mool (Dios de las aguas), las palapas nos cubren como paraguas, las carpas se desploman bajo el torrente de aguas, éxtasis de minutos,

después, confortables pláticas con Laura, la profesora mexicana, una diosa del conocimiento mesoamericano.

Reflexiones e intercambio. Las ruinas se nos presentan al día siguiente, segundos de impacto, primeras construcciones mayas, ale-



gría incontenible en el corazón. El cuerpo desértico extraña el clima, nos invade otro calor, humedad, un parque con ruinas, pirámides, ¡muchas!, la de las inscripciones con su tumba interior que contiene al astronauta de Palenque, indescriptible.

El día en Palenque fue experiencia única, refugiándonos en las sombras, introvertidos observando los alto-relieves en estuco (este pueblo es lo más desarrollado en eso), visita no previsible para un estudiante de arquitectura. Fin de día, fútbol, reunión de integración, un tequila.

Sábado en viaje, nos acercamos hacia el Golfo de México. Champotón, nuestro primer encuentro con el mar, un lugar extraño, sin olas, estático, detenido en el tiempo. Campeche – ciudad fortificada – siguió con desayuno, desayuno con regalo: los colores de las frutas, las distintas especies de pescados y mariscos. Los Compañeros mexicanos desayunando

«fuerte» y nosotros liviano, dualidad nuevamente. En ese mismo día llegamos a Mérida, centro de Yucatán, próximo al Golfo y al Caribe, nos ubicamos relajadamente en un Hotel, juegos y pláticas en la piscina del mismo Hotel, noche memorable. Día siguiente a las 5:00 a.m. partimos a Uxmal. Extraño, a esa hora ya es día en Yucatán.

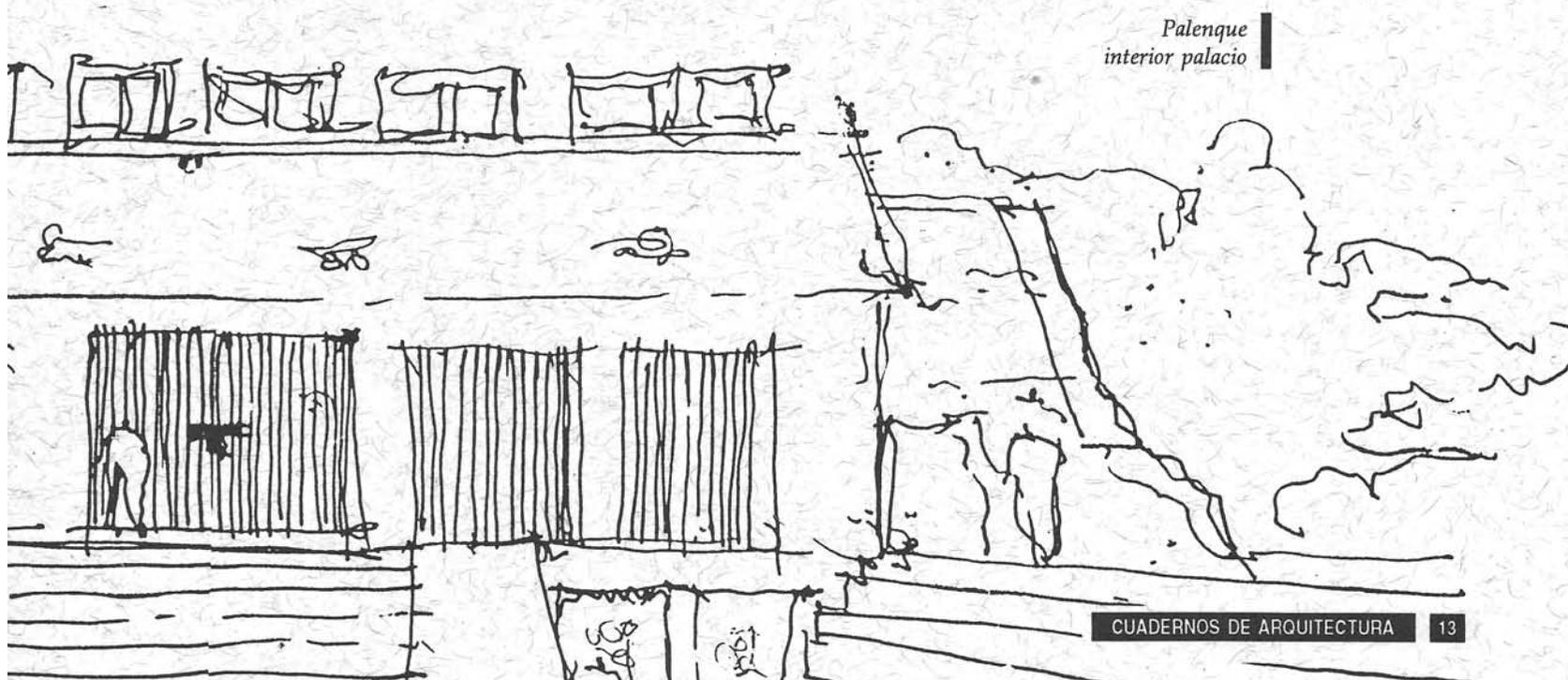
Viaje con sueño, al acercamos a las ruinas, un enorme volumen contemporáneo, un Hotel aberrantemente descontextualizado, choque de percepciones. El acceso del conjunto un museo, hermosos edificios que rescatan las formas de los falsos arcos mayas, juego de luces interiores. Europeos, norteamericanos, orientales y nosotros, «chilenos». Desde el museo se accede gradualmente, ascendiendo una loma hacia la pirámide principal. Un impacto, un Uxmal nunca antes citado, se nos presenta de manera monstruosa; la pirámide del Adiviño, muy singular con

planta elipsoidal, vértigos y cansancios en su ascenso, la monumentalidad de su escalera, la más vertical de las visitadas. Al llegar a su cumbre, descubrimos que el ascenso fue por su espalda. El conjunto de las ruinas converge hacia nosotros, envuelto por la selva. Nos rodean golondrinas mil, la nube de esta cumbre, plataforma construida en relieves de Chac Mool, al parecer la deidad principal de estos Mayas. Desde este lugar, próximo al cielo, observamos y croqueamos por largos minutos, estos maravillosos volúmenes que se asoman, el Palacio del Gobernador, el cuadrángulo de las Monjas, la Casa de la Tortuga, el juego de pelota y muchos otros. Al descender (difícil) en distintos grupos, nos internamos en este mundo, en recorrido impresionante, con Chac Mool siempre en expectativa con sus lenguas enroscadas. Entre los edificios, con nuestros ojos aguzados, descubrimos cómo los techos y terrazas coinciden en la lejanía; alguien

pronuncia: «horizontes coincidentes», una unión lejana de vacíos, proyección de planos, entre las ruinas surgen abejas que a más de alguno atacaron, tatuajes de Uxmal. El día termina con dádivas de Chac, lluvias y relámpagos.

De vuelta a Mérida a recoger equipaje para partir a Cancún al día siguiente. En la ciudad una vuelta nocturna, aún quedan ánimos de relajarse en los rincones que nos acojan, al final terminamos en las plazas, y en una hay música, marimbas en la noche, como música de fondo, la escena ideal para un llamado telefónico a nuestra lejana pero siempre presente tierra. Señal de vida para los que dejamos allá lejos.

Lunes 25 de Julio a las 5:00 a.m. nuevamente partimos, sueño eterno, cuerpos agotados, largo trayecto y a las 11:00 a.m. en Cancún. La primera visión fue lo plano de la costa, pirámide en la lejanía, grandes volúmenes en el



Palenque
interior palacio

horizonte, es la zona hotelera de Cancún. Recorremos en el bus este enorme borde que se despega del continente, enormes hoteles, jardines idílicos, restaurantes, dis-coteques, por ahí aparecen el «Planet Hollywood» y el «Hard Rock Café», éxtasis de diseños internacionales. Por entre algunos edificios surge un acceso al mar, el Caribe se nos viene encima, mar turquesa, agua salada al extremo, tibia, arenas blancas y muchas pieles doradas bajo este sol sin precedentes para chilenos y mexicanos (del altiplano central). La aventura nos ha llevado a lo imprevisible. Nos enfrentamos al sol, la arena nos envuelve, el mar nos acoge cálido, algunos van a reconocer el lugar y arriendan motos, el resto de «guata» al sol.

Lo inédito termina al fin del día, al compás de un trote altiplánico tocado por un grupo «Tecno» en un salón de

baile a orillas de la playa, un homenaje a Chile. Nos recordamos del hogar. Al momento de partir la dualidad se hace presente nuevamente. La mitad del grupo quiere continuar viaje al muy bien recomendado Tulum y otros quieren «transar» la noche en Cancún, se genera un momento de desintegración, de disyuntiva.

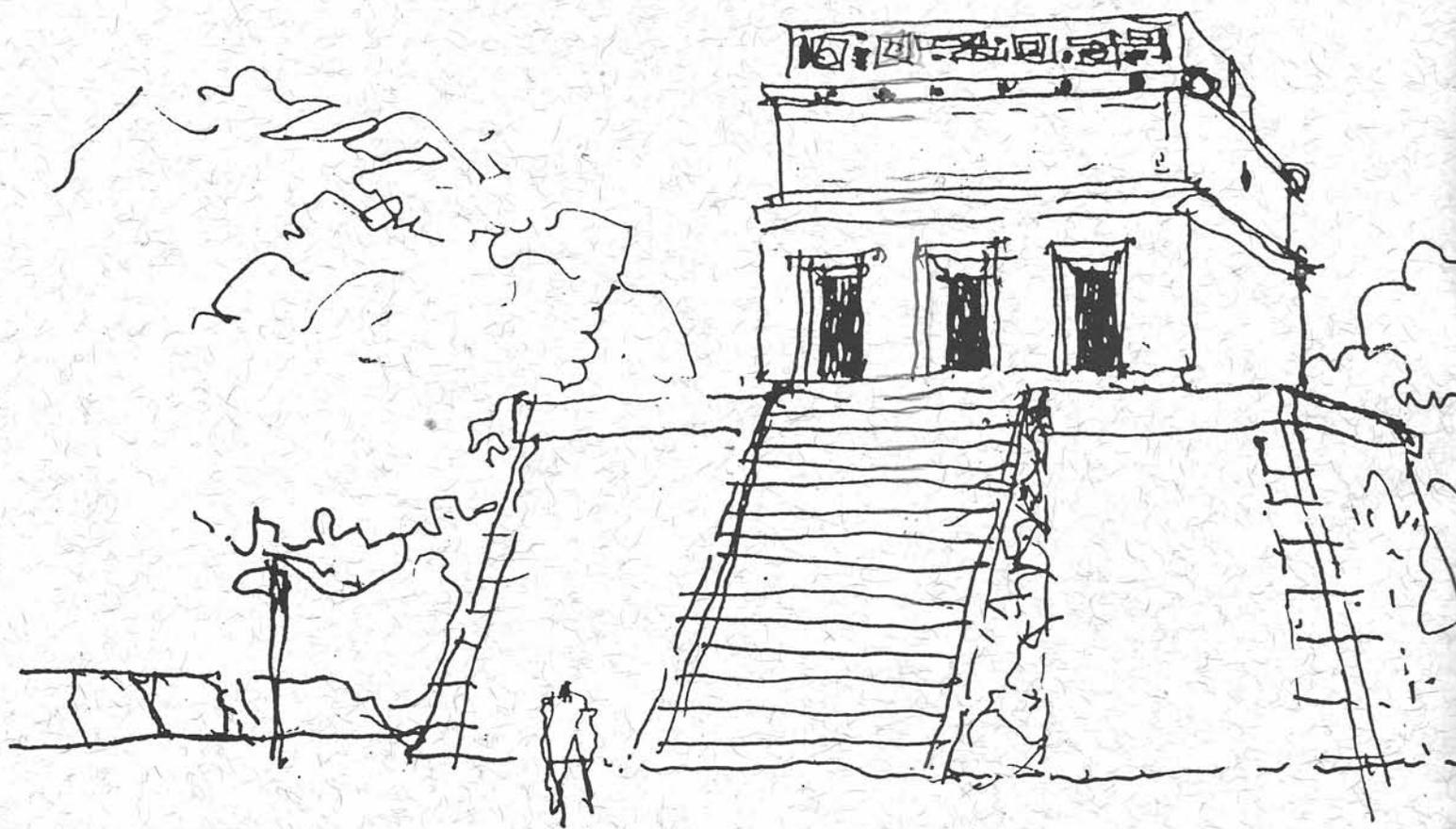
Finalmente, los académicos toman las riendas y continuamos el viaje, antes de salir de Cancún una rápida parada al supermercado, aumentan las tensiones en el bus hacia Tulum, el choque de personalidades se cultiva.

Despertamos tarde en la noche en un hotel de orilla de carretera, de «cuarto enjuague» según algunos, el extremo opuesto a Cancún, lugar isla, en un cruce de carreteras. El grupo exhausto intenta

compartir un rato para apaciguar los ánimos, tortas de queso y jamón (sandwiches) y jugo de naranja. Algunos se aventuran en la noche por esta grieta que generaba el camino por entre la selva, sólo con la Luna de compañera en busca del mar que se nos había perdido entre los sueños, aventura en las tinieblas, al fin música, una «disco» en la selva y la luna nos deja percibir el mar, corremos al encuentro, del segundo paraíso... Las nubes se desplazan desde el horizonte, aisladas, y las sombras de ellas corren por la arena, imágenes mágicas de Tulum, descubrimos entre la oscuridad que existen palapas, todo es nuevo, temores al desconocer el orden del lugar. De regreso, relatos a los que quedaron. Acordamos cambio de hospedaje para el día siguiente.

En la mañana, camino a

Palenque



las ruinas de Tulum, surgen en el cielo «los voladores de Veracruz», con su mágico descenso desde la cima del pilar, un rito en el aire, fluido como el vacío, un rito en torbellino. Las ruinas se nos muestran fortificadas, Tulum era una ciudad estado, lugar de fuertes actividades comerciales, intercambios de agricultura y pesca, ámbito del Dios descendente. Sobresalen los vanos trapezoidales y los místicos taludes en contra de la gravedad. Ciudad con playa doméstica y cálida, baños en el mar. Ciudad que se enfrenta al Caribe con tres quillas que la estructuran, cada una con su tiempo en la cima. Inimaginables edificios frente al azul turquesa.

A medio día, todos de regreso al bus, nos cambiamos a las palapas frente al mar, nuevamente disyuntivas no conversadas, nos asenta-

mos en Santa Fé, paraíso en el Caribe. Los colegas mexicanos regresan a Cancún. Nosotros nos distribuimos en algunas palapas enormes. Recorrimos y descubrimos la playa seminudista, los baños unisex y al aire libre. Tres días en Santa Fé, mundo de corales, paseos en barco, buseo por entre los arrecifes, peces de colores no programados, aguas poco profundas. En las noches restaurant del mundo con servicio mexicano, chiles, tortas, margaritas y piña colada. Discoteque internacional, centro de intercambio de mundo, ausencia de mexicanos. Hay que volver a Tulum.

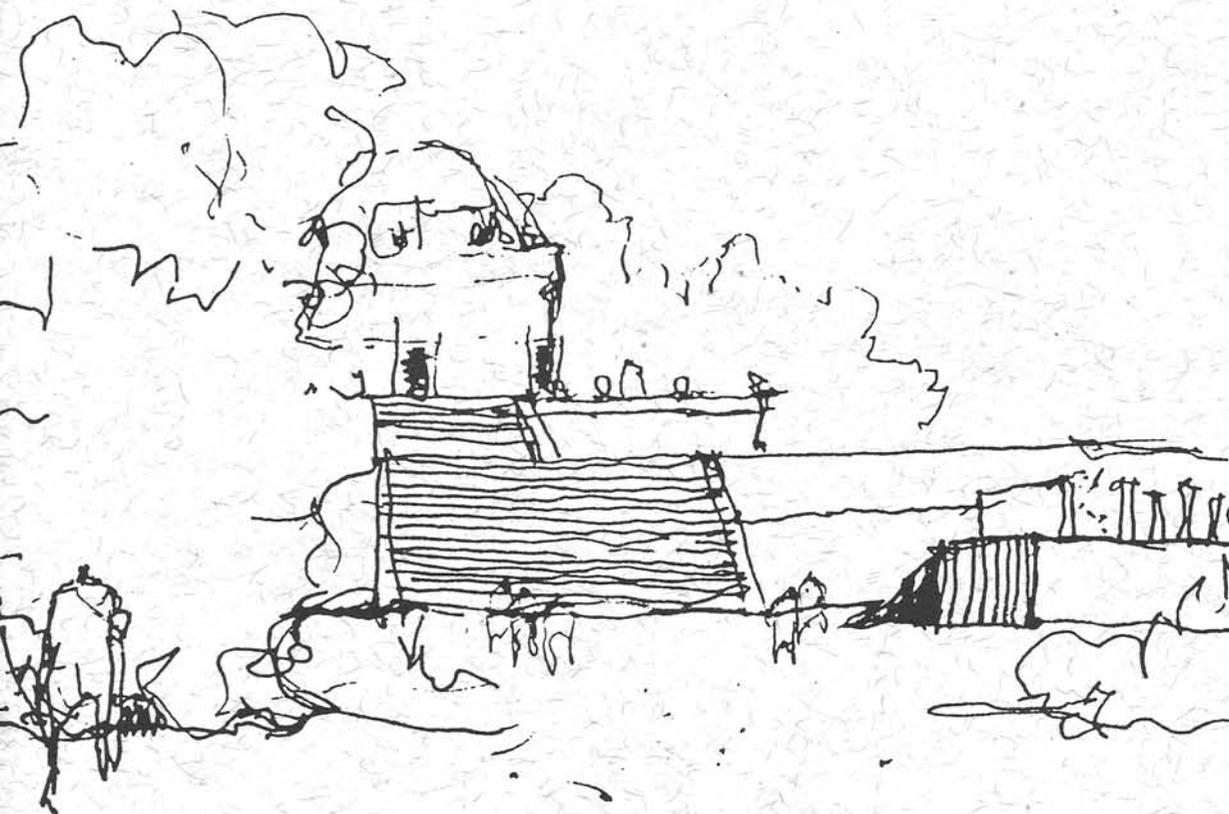
Tenemos que partir a Chichén Itzá, el bus nos recoge en la carretera, reencuentro, conversamos sobre lo hecho saboreando mangos y plátanos. Nos espera Chichén, estamos atrasados, al llegar sólo tenemos

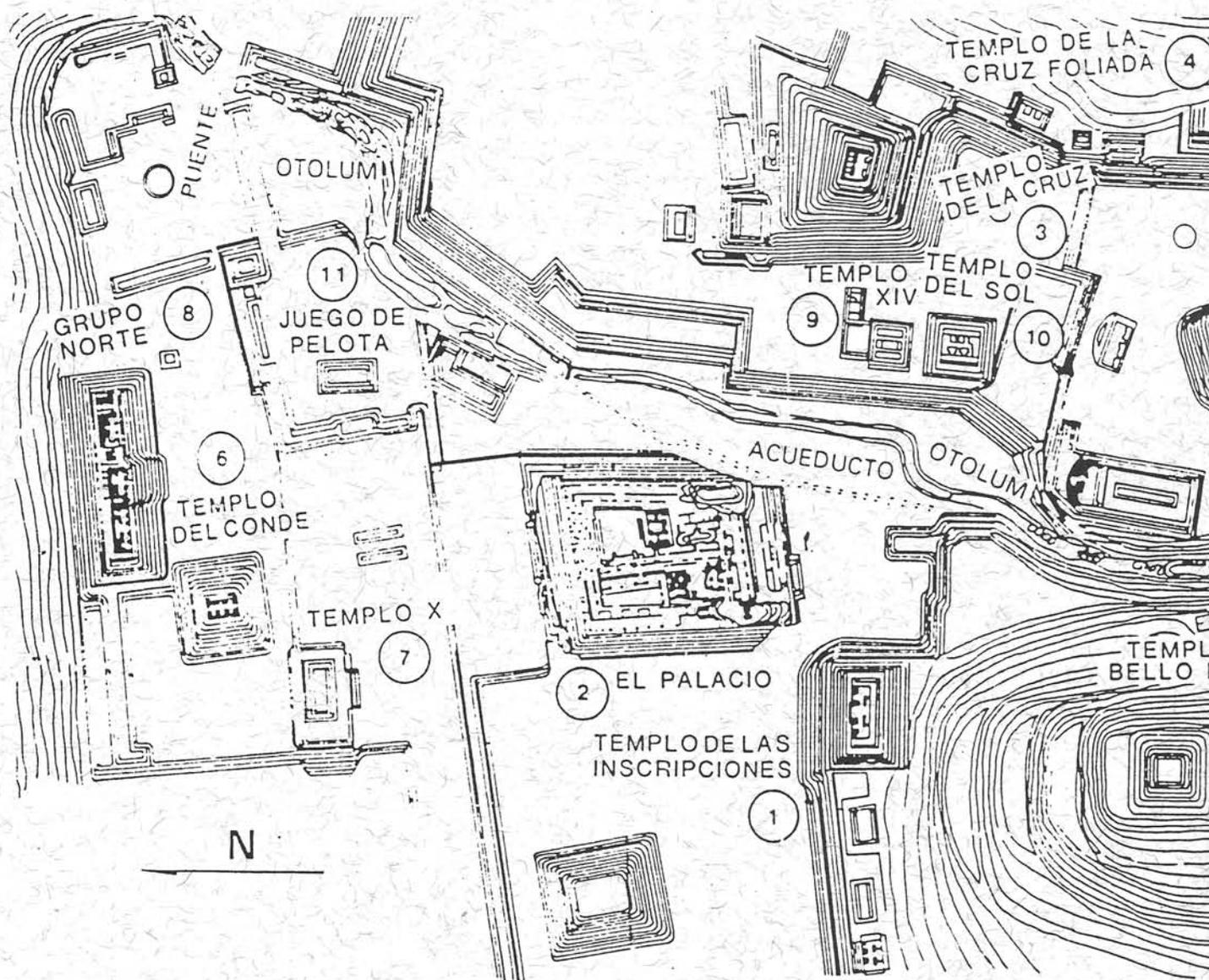
tres horas para conocer el lugar. La más conocida de los centros ceremoniales mayas, un impacto, el menor tiempo, hacemos un «recorrido», tremendamente dramatizado. El tiempo escasea. Todo en golpes, la impresionante Pirámide de Kukulcán (la serpiente de la divina dualidad materializada), el Observatorio (el Caracol), los Cenotes Sagrados, un calor insoportable, mareos, mucho líquido, circuitos al interior de la Pirámide, el Juego de Pelota y su acústica perfecta. Arquitectura perfecta para la máxima expresión de la cultura maya. Nos retiramos insatisfechos –faltó tiempo– y eufóricos, esta experiencia a toda velocidad no se olvidará tan fácilmente. Durante el regreso nuevamente rayos, destino a Mérida, por tercera vez al centro de Yucatán, esta vez en una residencia colonial, de nuevo en la cima, aire acondiciona-

do, cuartos hermosos. Parada nocturna y nuevamente emprendemos viaje hacia la ciudad de México, el viaje se acaba.

Pasamos por un lugar que nos regala algo nuevo, es ciudad del Carmen, al borde del Golfo, el bus debe cruzar el mar sobre un transbordador. A la espera de nuestro turno para abordar el transbordador (somos el vehículo N°45), cócteles de camarón, plásticas, cervezas, reconocimientos. Finalmente, la travesía sobre el transbordador, desde lo alto divisamos delfines, aventura en otro Yucatán, el del Golfo, otro azul. Continuamos viaje, la noche nos cubre, y una parada necesaria, Cárdenas, ciudad fantasmagórica, lugar con atmósfera de peligro, hospedaje en hoteles parejeros, algunos cuelgan sus hamacas en el bus. Parada corta, en la mañana jugos de desayuno y despegue. En tránsito hacia el Distrito Federal (D.F.). En el camino Valladolid y otros lugares de los que vemos sólo sus estelas.

Es de noche y estamos llegando a ciudad de México, por entre los cerros que configuran el valle, la neblina siempre presente de la sierra. El viaje se termina, dos semanas de mundos mayas, ya son recuerdos en las bitácoras. Nos hemos raptado los lugares en nuestros croquis y cámaras fotográficas. La música en el bus yace ausente. Alfredo, un colega «mexicanote» nos relata su impresión: «Durante el viaje la comunicación cayó como en un letargo, tal vez porque resultaba complicado asimilar





Palenque

tantas cosas; el viaje, los lugares, el ir de un lado a otro, las pláticas, el encuentro en sí» (Alfredo Flores Pérez).

Pero la experiencia en aquel momento no asimilada, apenas perceptible, fructifica y se tatúa en nuestro «mundo « a fuego, en tonos azul turquesa, verde selva, gris ruinas.

Vamos entrando a ciudad de México, ya estamos hace un rato en el D.F. Surgen dudas, ¿quién se va a la casa de quién?. Los mexicanos aún no se han expresado. Bruma de incertidumbre en el trayecto hacia la Sede de la

U.A.M. en Xochimilco. Al llegar recepción vacía, para los mexicanos llegada a casa, para nosotros un puerto más de la travesía. Nos reconfortamos con la presencia de coterráneos y de René, nuestro anfitrión. En segundos los colegas eligen y nos distribuimos por la ciudad de veinte millones de habitantes. Nos sentimos desamparados, pero se profetizan nuevas experiencias mientras nos internamos en esta ciudad. Hemos caído en la esencia misma de la cultura mexicana. Acomodos previstos, no imaginables, dualidad nuevamente. Al día siguiente, un domingo solitario, todos aisla-

dos, intentos de buscar el orden de la metrópolis, reconociendo territorios.

El Lunes reintegración, todos muy temprano en la U.A.M., un bus nos espera para llevamos al Calpan, el lugar de estudio, donde desarrollamos la propuesta que realizamos durante una semana intensiva en el taller de revitalización de espacios preexistentes del profesor Leonardo Meraz. En viaje, nos portamos alegres por el reencuentro, conversamos, reímos, observamos, y de pronto entre los cultivos de milpa (maíz), surge Calpan con sus iglesias del siglo XVI.



Recorrido de análisis, atmósferas de tiempo estático; jagüeyes, canales de regadío ("...San Pedro de Atacama?"); volcanes en lejanía, el Popocateptl, la Iztaccihuatl, una pareja en soledad territorial; en los atrios de las iglesias seculares, tambores en rito con un público de Capillas "oídos" Posas. Develamos un mundo nublado, por entre cortinas de lluvias instantáneas, recogiendo semillas de agua, e interactuamos con ellas en las intervenciones.

El retorno hacia Ciudad de México ocurre con Cholula de pasajera, entre quezadillas y pozones. En el D.F. se desarrolla la semana de Taller Intensivo en la UAM, días completos de exhaustivo trabajo, con amane-

cidas incluidas. Ocurre un espontáneo intercambio empírico hace que los debates sean productivos, los mexicanos se extrañan porque hablamos demasiado, además de las singulares dicciones en los enigmáticos modismos de dos mundos. El desenlace final es no creíble por el tiempo que tuvimos, muy positivo y grato sentir que correspondimos a las expectativas.

El lunes posterior a la entrega, estamos libres para poder aventurarnos en esta metrópolis incógnita aún para nosotros. Habitamos en ese momento en nuestro nuevo departamento que hemos alquilado frente a la U.A.M. en la Calzada del Hueso. Esta semana es un regalo para existencializamos en la capital mexicana. René, nuestro magnífico anfitrión nos tiene programadas algunas incursiones únicas y soberbias: nos deleitamos en las Capuchinas de Barragán; en las obras de recuperación de la Catedral que se hunde en el subsuelo pantanoso. Nos destruimos durante esa semana devorando la urbe, rutas largas y magníficas, el tiempo en la ciudad se nos acorta por las distancias a cubrir, cada empresa es un viaje.

Visita obligatoria, Teotihuacan a algunas horas del D.F. Nos sensibilizamos mágicamente en ese vacío congregador del territorio, las pirámides atrapan el entorno, la de Quetzalcoatl, la del Sol y la de La Luna, desde sus cumbres o desde la Calzada de los Muertos se exponen sus relaciones con los cerros, en coloquios lejanos.

En la ciudad emprendemos una aventura individuales tras las Torres de Ciudad Satélite, escultura urbana de Barragán...sin palabras, obra prima de este genio azteca. Intensa maratón en el Paseo de la Reforma, entre el Museo de Antropología, y su calendario azteca, el

tiempo eterno y monolítico; el hormigón en movimiento del Auditorio Nacional, obra de González de León; el Zoológico de Chapultepec, del Museo de Bellas Artes en el Centro Histórico; y por la noche al reducto de Mariachis, la Plaza Garibaldi, fiestas con los mexicanos y todo lo maravilloso que pudimos recoger por entre los entramados caminos de esta ciudad.

Ultimo día, entre una torrencial lluvia se desarrolla una desesperada retirada del "decampamento" en el Hueso, con nuestro crecidísimo equipaje. Vehículos, metros y el aeropuerto, estamos construyendo el abandono, ese fue el último puerto, el que en un momento fue príncipe del mundo de la Serpiente Emplumada, ahora es "lugar" de emotivas despedidas emotivas no programadas, llanto en el corazón...nuestros amigos mexicanos comparecieron! voces sintéticas nos llaman, entre mochilas, paquetes y tablas de surf...

El fin de esta ópera prima sin rumbo, que descubrió tierras tras estar momentos a la deriva. No sabemos si fueron los vientos que Chac Mool nos envió, o si fue la visión de Quetzalcoatl lo que nos encaminó a fundar en esta otra América...Partimos sólidos y etéreos a la vez, dualidad en manifiesto.

En vuelo, el impacto de la estadía mexicana aún no se disipa, soliloquios generalizados, aventurarse resultó aclarador de una realidad interactiva, entre las presencias heredadas, que brotan desde el místico grano de maíz, y las intervenciones ajenas a la realidad, que intentan entorpecer la espontaneidad del actuar mexicano. El modo de cómo los espacios mágicos urbanos se emplazaban con relación al entorno, expone la dignificación que estos seres le asignaban al mundo, vacíos flui-

dos por entre volúmenes de piedra, selva y geomorfología. Relaciones mágicas de los ejes hacia el territorio cíclico, reconociéndolo y evidenciándolo. Existió una profunda sensibilidad con el entorno, hecho que no percibimos con claridad en el México contemporáneo, si más bien una invasión de modelos exógenos en versiones "moda" o "marketing", obviamente con sus fantásticas excepciones. Más ese choque constante, percibido principalmente en el D.F., mantienen al pueblo en una pasividad, que fructifica desde la ambigüedad de situaciones, una dualidad embrumecedora que inunda al más tecnológico "mall" con el aroma de maíz de las "tortillas".

Lima nos espera, tendríamos algunas horas para recorrerla. "La ciudad nos recibió nublada, gris, imágenes de un pueblo enmascarado de espera, ambulantes mil", extraña pausa. Partimos a Tacna en drama, los horarios entre aviones y buses eran demasiado coincidentes! Desembarcamos en histeria y desesperados pasos de aduana, un caos... El bus afortunadamente nos había esperado...Arica nos recibió amable, estamos en casa...

Esta fue una experiencia que sólo pretende ser el origen de un gran proyecto de intercambio, tanto de estudiantes como de académicos de ambos países. El compromiso está. Por esta razón recibiremos durante 1995 a nuestros amigos mexicanos para mostrarles zona, cultura y país, enriqueciendo así desde ambas perspectivas el que hacer de nuestra arquitectura.

(*) Claudio Galeno y Esperanza Regente, colaboraron también Carla Caceres, Larry Games, Paola Elgueta y Arturo Barrios, todos somos estudiantes de la escuela del Nivel Profesional.